

## Del sentido a la relación: dos modelos pastorales

Gabino Uríbarri

*Me llamó mucho la atención leer, hace ya algunos años, la siguiente expresión en una carta del P. General a los jesuitas:*

*«Es bastante contradictorio que la misión que el Señor nos ha confiado agote a tantos compañeros nuestros.»*

*Me extrañó ver expresado de un modo tan simple y condensado una contradicción tan grande para una orden que por carisma vive volcada en la misión y cuya espiritualidad incluye, como uno de sus rasgos destacados, «encontrar a Dios en todas las cosas».*

*¿Qué nos puede haber ocurrido para que muchos de nosotros hayamos pasado del «contemplativo en la acción», con el que el P. Nadal describía la experiencia de Ignacio y el carisma de los jesuitas, al «quemado en la acción», que preocupa a nuestro P. General?»<sup>1</sup>*

<sup>1</sup> De esta preocupación surgieron algunos escritos, tratando de bucear en nuestra

Esta expresión<sup>2</sup> de nuestro General recogía una experiencia percibida en compañeros, en amigos, en miembros de grupos cristianos y apostólicos y a veces también sentida en carne propia. ¿Cuántos no nos quejamos del ritmo que llevamos de reuniones, de encargos, de comisiones, de frentes diversos, de cúmulo de prioridades? ¿Cuántas veces en nuestros encuentros se nos va un tiempo largo en contar-

realidad y encontrar algunas pistas de solución: *Los peligros de la sobrecarga de trabajo para el futuro de la Vida Religiosa*: Sal Terrae 86,1 (enero 1998) 57-66; *Contra el prometeísmo apostólico*: Sal Terrae 87,6 (junio 1999) 505-513; *La vivencia cristiana del tiempo*: Sal Terrae 90,7 (julio - agosto 2002) 605-616.

<sup>2</sup> P. H. KOLVENBACH, SJ, *Alocución a la Conferencia de Provinciales europeos*, Manresa, 29 de octubre de 1995.

nos las penas y las fatigas, las frustraciones y los sinsabores, siquiera como un deshago rápido entre dos carreras cuya meta no alcanzamos en el tiempo asignado y de cuyo sentido comenzamos a dudar?

Aventuro que, de un modo bastante generalizado, hay algo profundamente distorsionado en nuestras vidas apostólicas. A los alumnos de tercero de teología, a quienes impartía hasta hace poco

---

*no somos nosotros los que, a  
base de esfuerzo y  
agotamiento, hacemos crecer  
la semilla del Reino*

---

Escatología, les retaba a que durante las fiestas navideñas, en lugar de lanzar denueros desde los púlpitos, respondieran a los fastos del consumo con su propio modo de celebrar la Navidad, como una noticia mejor y más alegre que el festín de las compras y los regalos. Pero ¿qué es lo cotidiano en nuestras vidas muchas veces, que brota por ósmosis y no necesita explicación?: un activismo desenfrenado y loco, que tampoco llena nuestro corazón de alegría y de paz. No nos ven más felices corriendo de un lado a otro, llenando el fin de semana de reuniones, atendiendo a mil menesteres en los

que nos consideramos imprescindibles, pues por mucho que prediquemos que la semilla del Reino crece por sí sola (cf. Mc 4,26-29), parecemos haber interiorizado que somos nosotros los que, a base de esfuerzo y agotamiento, la estiramos día a día jalando de ella. Quienes nos observan y escuchan, prefieren acudir tranquilamente a la fiesta segura del consumo, pues no somos esa buena noticia alternativa, por más que la podamos florear con estupendas formulaciones en trípticos, folletos, carteles y páginas Web. Ya decía muy agudamente Nietzsche: «Para que yo creyese en su Redentor, tendrían que cantar otras canciones, y sus discípulos tendrían que parecer más redimidos».<sup>3</sup>

Mi impresión es que hay algo distorsionado en nuestros ritmos y en nuestra propia autocomprensión. Como terapia posible, yo voy a ensayar una vía de corte espiritual, atendiendo a cuestiones y elementos que me resultan más cercanos; voy a insistir más en la intelección de nosotros mismos en nuestra acción pastoral y evangelizadora, con la esperanza de que los ritmos se puedan cortar o modificar a

---

<sup>3</sup> Así habló Zarathustra, en: *Obras Completas III*, Buenos Aires 1961, p. 293. Citado por A. TORRES QUEIRUGA, *Recuperar la salvación*, Sal Terrae, Santander 1995, nota 5, p. 225.

partir de la misma. En definitiva, presento el modo como me gustaría verme a mí mismo, que me vieran los demás, y que se percibiera al grupo apostólico al que pertenezco.

Lo que voy a presentar se puede leer desde una clave individual, pero también, y considero que es fundamental, colectiva. El individuo solo y aislado no podrá cambiar la cultura de la congregación religiosa, diócesis o grupo cristiano de pertenencia, que en ocasiones es la que puede estar enferma o, más teológicamente, necesitada de conversión y equilibrio. Como decía una amiga religiosa alemana y es aplicable a otras formas comunitarias, se pueden dar «embolias» en el cuerpo comunitario que impiden una sana circulación de la sangre, de la vida. Entonces, una parte del cuerpo se necrosa y anquilosa, y hace que todo el conjunto pierda vigor y capacidad misionera. Pero también, resalto yo, hay cuerpos comunitarios bellos y esbeltos, que son como un jardín que exhalan el perfume del conocimiento de Cristo (cf. 2 Cor 2,15). Nos encontramos sumidos en un discernimiento de nuestras embolias y nuestros perfumes, pues todo esto tiene enormemente que ver con lo que transmitimos: bien fragancias cautivadoras de vida y alegría o bien

putrefacción y muerte de miembros tullidos (cf. Mc 3,1-6).<sup>4</sup>

### Un ejemplo: Juan Pablo II

«Vivo constantemente convencido de que en todo lo que digo y hago en cumplimiento de mi vocación y misión, de mi ministerio, hay algo que no sólo es iniciativa mía. Sé que no soy el único en lo que hago como Sucesor de Pedro.»<sup>5</sup>

Desde mis cavilaciones me llamó la atención este texto de Juan Pablo II, pues denota claramente que él no ha vivido su vocación ni su ministerio como una pesada carga personal, que llevaba él solo con sus propias fuerzas, apechugando con todos los pesares en soledad. El texto refleja una vivencia del ministerio como un lugar privilegiado de encuentro con el Señor en la misión y a través de la misión. Nadie puede dudar de su entrega al ministerio petrino hasta la extenuación, incluso algunos pensarán

<sup>4</sup> Cf. los capítulos: «¿«Embolias» en el Cuerpo Místico? La Congregación religiosa como personalidad corporativa» (127-155) y ««Gratos son al olfato tus perfumes». Juventud y Vida Religiosa» (156-172), de mi libro: *Reavivar el don de Dios*, Sal Terrae, Santander 1996.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Memoria e identidad. Conversaciones al filo de dos milenios*, La esfera de los libros, Madrid 2005, 205.

que más allá de lo sensato. Sin embargo, dicha entrega no le fue erosionando interiormente, desecando sus energías espirituales, en una palabra: quemándole; sino que resultó un alimento profundo de su vida espiritual, de su confianza en el Señor, de su encuentro sabroso con Él. La entrega le fortaleció y así pudo confirmar la fe de sus hermanos, pues no perdió, en medio de la misión, el contacto con la Fuente de la misma. Este contacto riega la vocación y el ministerio, sana la tierra donde se arraiga y hace que las raíces se afiancen en las profundidades abisales del amor de Dios.

Esta fenomenología se podrá descubrir con facilidad en cualquiera de los grandes creyentes, como son los fundadores de las congregaciones religiosas y otros muchos. Refleja el tipo de autointelección que quiero proponer como constitutivo esencial de nuestro modelo pastoral, de nuestro ser agentes de pastoral.

### Descripción de la pastoral y la cristología del modelo del «sentido»

Desde mi punto de vista nos hace mucho daño una lectura de nuestra misión apostólica que se articula primariamente desde la cate-

goría del *sentido*. Nótese de antemano que no defiendo la ausencia de esta categoría ni la pretendo eliminar; sin embargo, pienso que es dañino que *se convierta en el elemento central y articulador*. No sé hasta qué punto puede estar difundida. Yo la describo como modelo ideal, como tipo, en conexión con la cristología que la alimenta, pues lo que personalmente me preocupa es la interconexión entre modelo pastoral y cristología subyacente o, casi más, el reverso: la cristología que tenemos interiorizada y el modelo pastoral que se deriva de ella.

En lo que sigue, presento ante todo una sospecha y un barrunto, quizá no del todo bien descrito, formulado y precisado. A pesar de ello, el olfato me indica que hay algo en esta línea que necesita ser sanado en modos muy extendidos de hacer pastoral. Pido, pues, al lector que trate de fijarse en aquello hacia lo que se apunta, si bien la formulación con la que lo hago sea mejorable.

Yendo a dos temas de fondo que aparecerán en la descripción más concreta, me preocupa, primero, que una cierta adaptación o traducción del fondo del evangelio a lo plausible para un público más amplio nos esté llevando a veces de un modo generalizado, con la

mejor intención, a una reducción y simplificación del evangelio. Así, a veces podemos pretender transmitir lo que significa Jesucristo poniendo por delante los valores que Él encarnó en su vida. El medio no parece malo. La pregunta que yo me hago es si en esta adaptación, somos los pastoralistas los que finalmente entramos en el mundo de aquellos a quienes queremos transmitir algo novedoso, de parte de Jesucristo, de tal manera que quedamos insertos en su lógica. Así, de una primera «secularización» con intención pastoral, en la que estratégicamente hablamos de sentidos y valores, pasamos a una segunda «secularización» personal en la que ya son esas categorías las que definen y articulan nuestra misión, nuestra vida, nuestra auto-comprensión personal y del evangelio.

En segundo lugar, tengo la sospecha de que para este proceso nos apoyamos mucho en una lectura del Jesús histórico, de la historia de Jesús. Siendo Jesús un personaje excepcional y atrayente, relatamos su historia y presentamos sus actitudes. Ahora bien, si sólo nos quedamos en la historia de Jesús, sin la comprensión creyente y confesante de la misma que proporcionan los evangelios, estamos cayendo también de un modo sutil pero evidente en otra seculariza-

ción de su persona. Opino que la cristología que más circula por nuestra pastoral y por nuestras propias cavilaciones puede pecar de bajo nivel de confesión creyente en Jesucristo, como el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios, el Salvador, siendo así que la intencionalidad

---

*Dios es mucho más que un  
sentido: es una persona  
libre que entra en relación  
conmigo, relación a partir  
de la cual brota vida  
verdadera*

---

de la historia en los evangelios es kerigmática: pretenden hacernos comprender que Jesús es el Cristo de Dios, el Hijo de Dios. Quizá una cristología deficiente esté alimentando una auto-comprensión achataada del pastoralista y de los mismos contenidos de su pastoral.

Desde estas dos claves, me temo que el modo y la intensidad como acudimos al sentido y a los valores en nuestra pastoral no siempre es del todo sano.

### Plano teológico

Como dato preliminar, adelanto que considerar a Dios como un valor o un sentido supone la

muerte de la religión y de la fe; evidentemente también de la fe cristiana. Hacer de Dios un valor o un sentido es una manifestación flagrante de haber interiorizado profundamente la secularización, pues dicha imagen de Dios deja totalmente fuera la libertad soberana de Dios. Dice J.B. Metz en un texto magnífico:

«En la religión burguesa Dios no es Dios; no el Dios de la religión mesiánica de la Biblia. Este Dios, en la religión burguesa, está como muerto. Se le puede citar en ella, ciertamente; pero no es digno de ser implorado, porque ni es exigente, ni consuela, ni interviene, ni abate ni levanta, sino que, como valor, protege, envolviéndola, nuestra identidad burguesa preconcebida. Dios reconvertido en «valor»: ésa es la suerte de Dios en la religión burguesa. Ninguno de nosotros es ajeno a este mal; todos lo padecemos. Por eso la crítica no es la de alguien que cree saber más y denuncia a los demás.»<sup>6</sup>

Estamos prisioneros de esta manera de concebir a Dios si nos autointeligimos en nuestra actividad pastoral como viviendo valores y transmitiendo un sentido. En el fondo, aparece una línea farisaica de domesticación de Dios, de com-

prensión completa de Dios y de encapsulamiento de su misterio. Pues ahora hemos traducido la libertad soberana de Dios a una ley, a un sentido, a unos valores. Queda fuera la capacidad de irrupción de Dios en nuestra vida; por eso dice bien Metz: «no es digno de ser implorado, porque ni es exigente, ni consuela, ni interviene, ni abate ni levanta». Da lo mismo que los valores sean formidables, justos y excelentes. Sin contacto con la Fuente, nuestra vida pasa a convertirse en la ejecución de un programa, en la lucha por unos objetivos, en la vivencia de unos valores, en la prosecución y la proclama de un sentido. Y Dios, para la fe cristiana, es mucho más que un sentido: es una persona libre que entra en relación conmigo, relación a partir de la cual brota vida verdadera. Entrando en relación con Dios descubriré un sentido radical y profundo a la vida, apreciaré enormemente muchos valores altamente estimables, perseguiré objetivos valiosos por los que luchar y me propondré un programa exigente de vida. Pero todo ello será secundario, derivado, revisable y, desde luego, ni fundante ni último.

Tirando del hilo, ha sido R. Bultmann quien ha impuesto la reducción de la cristología a sentido, debido a su programa de traducción

<sup>6</sup> *Dios y tiempo*, Trotta, Madrid 2002, 101.

del mito a verdad existencial, que en el fondo es un sentido existencial, una lectura «cristiana» de la existencia y su sentido, pero marcando con fuerza el polo del sentido, que tanto preocupó a la filosofía existencialista de la que es deudor.<sup>7</sup> Sin embargo, una traducción al sentido suplanta la relación viva con Jesucristo y, como resultado, el cristianismo se deseca. Ya lo reconoció así D. Bonhoeffer:

«Un cristianismo sin Jesucristo vivo, sigue siendo, necesariamente, un cristianismo sin seguimiento; y un cristianismo sin seguimiento es siempre un cristianismo sin Jesucristo; es idea, es mito...»<sup>8</sup>

De un Dios entendido como valor y sentido, se sigue una pastoral de valores y sentidos. Ahora bien, ¿será posible que en una pastoral de valores y de sentido emerja el testimonio de nuestro Dios y Señor? ¿No implica una pastoral de valores y sentido haber aceptado una cierta secularización, y haberla interiorizado, habernos doblegado al lenguaje y los códigos de la cultura imperante, haber sido conquistados por ellos, per-

diendo creatividad e imaginación para hablar de nuestro Dios, para ser «testigos»? ¿No implica la pastoral del valor y el sentido la asunción de los criterios «modernos» e ilustrados acerca de lo que es plausible presentar en público, dejando como espacio propio de la religión, de la fe, de la relación personal con Dios solamente la intimidad privada?

### Plano cristológico

Como se ha podido apreciar, el plano teológico, Dios como sentido y valor, está estrechamente unido con el cristológico.

Hemos hecho a veces asimilaciones de la cristología en las que hemos deducido que Cristo nos habla del sentido de la existencia, –trabajar por el Reino–, y de los valores fundamentales, –desplegados en las bienaventuranzas y en el amor al prójimo desvalido–. La transmisión de este saber cristológico se transmuta en transmisión de un sentido, como por ejemplo la lucha por la justicia implicada en el fondo de la praxis y la predicación de Jesús. La vida cristiana se articula, entonces, como la recreación de una serie de valores maravillosos: la fraternidad, la justicia, la igualdad, la acogida de los perdidos, el perdón, el servicio de-

<sup>7</sup> Cf. la denuncia de J.I. GONZÁLEZ FAUS, *La humanidad nueva*, Sal Terrae, Santander 1984, 39-43, esp. 39.

<sup>8</sup> *El precio de la gracia*, Sígueme, Salamanca 1968, 39-40.

sinteresado y altruista. Todos estos valores se deducen de la lectura de la historia de Jesús.

Todo esto que he indicado es excelso y maravilloso. ¡Ojalá no escape en nuestras vidas, en nuestras comunidades, instituciones, diócesis y congregaciones! Sin embargo, hay otro modelo cristológico, en el que prima vivir desde y transmitir el encuentro con Jesús, el Maestro

---

*el centro del anuncio  
evangélico es Jesucristo vivo  
y resucitado, Señor de vivos  
y muertos, Juez y  
Consumador de la historia;  
todo se desprende y encaja  
desde la relación con Él*

---

y Señor. En este segundo modelo, Jesucristo es alguien vivo, presente, actuante, determinante, central. El Jesús histórico no ocupa todo el espacio, a pesar de la importancia de la historia de Jesús. *En este modelo resulta absolutamente focalizadora la relación con un Jesús en Majestad,*<sup>9</sup> que es irremisible-

<sup>9</sup> Presenta magistralmente este aspecto D. ALEXANDRE, «Buscadores de pozos y caminos. Dos iconos para una vida religiosa samaritana», en: *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*. Congreso Internacional de la Vida Consagrada (Roma, 23-27

mente Señor y conductor de la vida, sanador de nuestras heridas y neuras, exorcista que expulsa los complejos que pretenden disminuirnos y devorarnos, instructor de discípulos que envía y a quienes educa en el arte del ministerio pastoral de predicar en su Nombre y mostrar en signos humildes la llegada del Reino de Dios. En este modelo el centro articulador no es un sentido deducido a partir de la praxis de Jesús; Jesucristo Vivo y Resucitado, Señor de vivos y muertos, Juez y Consumador de la historia es el centro. Todo se desprende y se encaja desde la relación con Él.

Evidentemente desde la relación con Jesucristo vivo se reconocen, se aprecian y se viven una serie de valores, se descubre un profundo sentido que lo penetra todo. Sin embargo, esa serie de realidades quedan envueltas y determinadas por la fragancia y el aire de su presencia fascinante. En este modelo el contacto con la Fuente resulta la pieza definitiva y articuladora de todo lo demás. La relación personal con Jesús, que me mira, me llama, me envía, me pregunta por la misión, me ilumina y me acompaña en el camino diario no puede faltar. Dicha relación es singular,

Noviembre 2004), Publicaciones Claretianas, Madrid 2005, 107-142.

única e irrepetible y no se puede delegar. En este modelo, la lectura de la Escritura y el tiempo para meditar e interiorizarla, el encuentro sacramental con el Él en la celebración litúrgica de la Iglesia, la oración personal y comunitaria son piezas cardinales.

En este modelo la tentación prometeica queda confutada, pues nunca estaré solo ni el objetivo será la implantación a toda costa de un programa, el logro de unos resultados evaluables, el acierto en la transmisión de unos valores a pesar de un ambiente adverso. La verificación de su logro, paradójicamente, no deja fuera la cruz y el fracaso, pues puede ser el medio óptimo de identificación con Jesús y de avance en el camino del seguimiento. En definitiva en este modelo pasamos a pertenecer al Señor Jesús y no a nosotros mismos (Gal 2,20); pasamos a vivir desde la novedad que irrumpió con Jesús, pues, en lugar de trabajar por lograr que el reino triunfe y se implante, vivimos ya dentro de la dinámica misma del Reino, en la que el Señor Jesús es el soberano, el Kyrios. Participamos entonces de la novedad escatológica del Reino.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Más detalles en mi escrito: «Habitar en el «tiempo escatológico»», en: G. URIBARRI (ed.), *Fundamentos de Teología Sistemática* [BTC 8], Desclée, Bilbao 2003, 253-81.

Mientras que en el primer modelo surge una pastoral centrada en las cuestiones antropológicas del sentido de la existencia, de la clarificación de la cosmovisión que mejor pueda orientarnos en la vida, de la transmisión de una ética altruista y que favorezca la convivencia; en el segundo cabe la vocación cristiana, porque el Señor puede irrumpir pidiéndolo todo para seguirle. Mientras que en el primer modelo se prima el voluntariado y las ONGs, en el segundo cada uno se ha de poner desnudo delante del Señor y Dueño de su vida, del Salvador que ha derramado su sangre por mí, para adorarle y ofrecerse humildemente a su servicio.

### **A modo de confirmación: una mirada a los primeros discípulos**

Dice E. Schillebeeckx en un bello texto: «Todo comenzó con un encuentro. Unos hombres –judíos de lengua aramea y quizá también griega– entraron en contacto con Jesús de Nazaret y se quedaron con él. Aquel encuentro y todo lo sucedido en la vida y en torno a la muerte de Jesús hizo que su vida adquiriera un sentido nuevo y un nuevo significado. Se sintieron renovados y comprendidos, y esta nueva identidad personal se tradujo en una solidaridad análoga con los demás, con el prójimo. El

cambio de rumbo en sus vidas fue fruto de su encuentro con Jesús, pues sin él habrían seguido siendo lo que eran (cf. 1 Cor 15,17). No fue un resultado de su iniciativa personal, sino algo que les sobrevino desde fuera.

Aquel encuentro sorprendente e imprevisto con el hombre Jesús se convirtió en el punto de partida de la concepción neotestamentaria de la salvación. Esto quiere decir que la «gracia» debe expresarse en términos de encuentro y experiencia, y nunca al margen del hecho concreto y liberador del encuentro. Pero implica además que cualquier reflexión ulterior sobre el significado de la gracia y la salvación debe referirse siempre a la primera «experiencia fontal», sin la cual cualquier teología de la gracia cae pronto en mitología y ontología (en su sentido menos favorable).»<sup>11</sup>

A recorrer el significado de este encuentro dedica Schillebeeckx el amplio volumen titulado *Cristo y los cristianos*. Yo no me propongo ir tan lejos. Simplemente destacaré algunos aspectos de este encuentro de los primeros cristianos con el Señor Jesús, que pueden alimentar

otro modo de autoendernos en nuestra actividad pastoral. Parto intencionadamente de los encuentros de los discípulos con el Resucitado, que son los que despertaron mayor dinamismo misionero.

### El encuentro con el Resucitado y nuestra relación con Él

Del debate en torno a las apariciones del Resucitado se ha llegado a una conclusión sólida y suficientemente aposentada en la cristología: algo les sucedió a esos discípulos amedrentados que les cambió la vida. Una fuerza, el Espíritu, irrumpió en sus vidas y les llenó de coraje; un amor nuevo y un arrojo indomeñable les lanzó a predicar por todos los rincones del mundo conocido que el Señor Jesús estaba vivo y regalaba vida nueva. No hablaban de un sentido, sino de lo que habían experimentado y se seguía de este encuentro con Jesús.

La objetividad del Jesús resucitado, la certeza de que está vivo, que ha triunfado sobre todos los enemigos, sobre la muerte y el pecado, sobre el poder del imperio romano y la legislación de los sacerdotes, las maquinaciones de Judas y la incredulidad de los mismos discípulos, sorprendidos por algo tan inaudito e increíble, que no daban crédito a las mujeres, ge-

<sup>11</sup> E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación*, Cristiandad, Madrid 1982 (or. 1977), 13.

neró una ilusión irrefrenable por transmitir esta verdad. La victoria del Resucitado genera entonces la convicción profunda de su verdad y la fuerza y el arrojo entusiasta para transmitirlo. De aquí brota tanto bendición y alegría, como *parresía*<sup>12</sup> (valentía y coraje) para anunciar descaradamente que Cristo vive.

Evidentemente la pregunta que nos podemos hacer es ¿cuál era el modelo pastoral de estos discípulos? En ellos, la relación y el encuentro con el Resucitado parecen determinantes. Se abren a un nuevo modo de comunión con Jesucristo: a través de la misión que reciben del Resucitado y cumpliéndola es como van profundizando la amistad y el conocimiento del Señor, el reconocimiento de su verdadero señorío sobre ellos y la marcha de la historia. ¿Podremos nosotros hoy, en nuestro mundo, ser testigos del Resucitado, hacerlo con *parresía*, sin vivir en relación con el Señor de la gloria, crucificado y resucitado?

### Con Jesús y con su causa

Ahondando en la misma dirección, hace ya años, 1966, W. Mar-

<sup>12</sup> Cf. G. URIBARRI, *A fé cristã no Occidente: entre a calidez emocional e a parresia evangélica: Perspectiva Teológica* [Belo Horizonte, Brasil] 35 (2003) 55-70.

xen propuso entender que el sentido de la resurrección de Jesús era la proclamación por parte de los discípulos de que la causa de Jesús había tenido sentido y ellos la continuaban. Esta interpretación de la resurrección se ha desechado, pues no es capaz de dar cuenta de la riqueza y variedad que encontramos en los acontecimientos pascales y postpascuales. Desde entonces, se viene repitiendo que dado que Jesús vive, su causa continúa y ha sido acreditada y legitimada por Dios con la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Por eso, se nos invita a vivir en nuestra tarea y misión pastoral no solamente como obreros de la causa de Jesús, como trabajadores del Reino de Dios, sino como personas que viven en relación con Jesús y por eso continúan afanándose como su Maestro por sus preocupaciones e intereses. No es lo mismo empeñarse en causas justas y nobles, como la lucha por la justicia y la opción preferencial por los pobres, muy conformes con el mensaje de Jesús, que vivir en relación directa con Él.

### «Mi Redentor vive»

El encuentro con el Resucitado genera también la convicción, el

aplomo y el fondo de seguridad de saber que «mi redentor vive».<sup>13</sup> Pase lo que pase, el Señor Jesús ha dado su vida por mí, ha derramado su sangre, ha destrozado las puertas del abismo, ha atado al «fuerte», ha salido victorioso de los lances de la muerte para llevarme con Él a su gloria.

---

*se nos invita a vivir no  
solamente como trabajadores  
del Reino de Dios, sino como  
personas que viven en  
relación con Jesús*

---

Mis muchos fracasos y sinsabores adquieren otro tono si los pongo en manos de mi redentor. Porque sé que me puedo descansar en Él y dormir tranquilo, pues Él es la piedra angular de la construcción de la casa (cf. Sal 118, 22; Mt 21, 42; Hch 4, 11; Rm 9, 33; 1 Pe 2, 4-8); quien la construye y culmina (cf. Sal 127, 1-2). Mi vida, entonces, no se orientará hacia el logro de metas sobrehumanas que me pidan la extenuación permanente. No tiene razón ninguna entrar en ritmos prometeicos. Lo lógico es desplegar la alegría de la salvación y ha-

cerlo desde el discernimiento de las urgencias de mi Señor, sin ocupar su puesto.

¿Hasta qué punto hemos experimentado que nuestro redentor vive y nos ha sacado de los pozos de la ceguera, de la mentira, de la tristeza, del egoísmo, de la soledad, de la desesperanza y esto conforma nuestra pastoral y su estilo? Una persona que siente en lo profundo que su vida ha sido salvada de los abismos de la muerte se mueve desde el agradecimiento profundo. Vive urgida por responder con gratitud, poniendo en ello todo su corazón, pero sabe bien de sus límites. Su acción es respuesta al don recibido, que reconoce insuficiente en comparación con la magnitud de lo recibido.

Desde esta vivencia sabemos que lo fundamental en la pastoral no será lo que nosotros podamos lograr; sino lo que el Señor Jesús haga y lo que le dejen hacer a Él aquellos con quienes tratemos. Sabremos de sobra que somos siervos inútiles (cf. Lc 17,10) y podremos relativizar enormemente nuestro papel, siempre secundario y subordinado. Además, lo viviremos dentro del marco de la relación jugosa con alguien a quien invocaremos, como Tomás, «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

<sup>13</sup> Cf. A. CORDOVILLA, *El Dios Goel: Sal Terrae* 93,5 (2005) 411-421.

### El discípulo de Jesús

Si ahora pasamos a considerar los textos que recuerdan y reelaboran, desde la vivencia de la fe, la vida histórica de Jesús, nos encontraremos con claves fundamentales para entender el seguimiento. Si uno se fija en la fenomenología de lo que ocurre, resulta que Jesús llama como soberano y envía a predicar otorgando su poder, para prolongar su misma misión (cf. Mt 10,1-2.7-10; Mc 6,7-12; Lc 9,1-6). Ahora bien, la presencia repetida y enfática de pronombres personales en el vocabulario del seguimiento, «ven conmigo», «sígueme», «detrás de mí», pone de relieve que el seguimiento implica una relación personal con Jesús. De ahí que, en mi opinión, el seguimiento se articule como una suerte de movimiento pendular centrípeto y centrífugo: de Jesús a la misión y de la misión a Jesús, tal y como se refleja en el caso de los setenta y dos (Lc 10,1-12 y 17-20) o en la elección de los Doce según Marcos: «para estar con él y enviarlos a predicar» (Mc 3,14).

Por eso, el discípulo y seguidor es radicalmente mensajero itinerante y predicador, que camina en pobreza con la fuerza del Señor Jesús y su poder, habilitado por Él para expulsar demonios y curar enfer-

medades, manifestando así la buena noticia de la llegada del Reino de Dios; pero es igual de drásticamente un compañero de Jesús, que marcha con Él y detrás de Él, que se deja guiar e instruir, que, aunque se equivoca con frecuencia, vuelve al regazo del Maestro para aprender y experimentar que «su yugo es llevadero y su carga ligera» (Mt 11,30).

Desde aquí entendemos que el pastoralista, como veíamos en el caso de Juan Pablo II, nunca va solo ni está solo; junto con sus fuerzas y cualidades, está la fuerza del Señor que envía y acompaña, quien nos espera al fin de la jornada para que conversemos el día orantemente con Él. Desde aquí se percibe que al menos tan importante como afanarnos en el cumplimiento de la misión, con planes, proyectos, objetivos, evaluaciones, tablas comparativas, indicadores, reuniones, análisis y programaciones es reemprender continuamente el camino de la Fuente (Kolvenbach), para encontrarnos con quien nos envía, verificar a qué, cómo y por qué. Y reconocer con Él, recostados en la mesa de su Cena, la verdad de lo acontecido, el calor de su acogida, el camino recorrido en comunión con su vida, como miembros de su cuerpo que se prolonga en la historia.

### Los problemas del mundo y los signos de los tiempos

Especialmente en el evangelio de Juan, los milagros se denominan signos. Tal modo de comprenderlos se puede aplicar sin duda también a los otros evangelistas. Lo cual nos quiere decir que los milagros son, ante todo, signos de la llegada del Reino de Dios.

No cabe duda de que en tiempos de Jesús, en Galilea y Judea, habría muchos ciegos, leprosos, paráliti-

---

*el seguimiento se articula  
como un movimiento  
pendular: de Jesús a la  
misión y de la misión a Jesús*

---

cos y enfermos; sin embargo, a pesar de los sumarios, los evangelios solamente nos narran unas cuantas curaciones de ciegos, leprosos, parálíticos y otros enfermos. Jesús no montó una especie de «Seguridad Social de los milagros», sino que quiso mostrar con una serie de signos el significado de su persona y de la llegada del Reino de Dios.

Desde esta perspectiva, nuestra misión será también la de continuar con los signos de Jesús. Pero, igual que en su caso, parece des-

proporcionado proponernos cargar con la responsabilidad de erradicar toda enfermedad, toda parálisis, toda ceguera, toda lepra estigmatizante y marginadora. Nuestra vocación y nuestra fe nos piden a los cristianos que seamos ese pequeño signo, ese grano de mostaza que crece como un arbusto, no llega ni a chaparro, no digamos a árbol frondoso, bajo cuya sombra anidan los pájaros (Mc 4,30-32). No caigamos, pues, en el prometeísmo de considerar que hemos de lograr el éxito en misiones que superan nuestras fuerzas. La solución radical al mal del mundo no vino por los milagros de Jesús, sino por la entrega de su vida hasta la muerte en la cruz. Ahí sucedió la auténtica victoria sobre todo poder del Pecado y de la Muerte (1 Cor 15, 55-56), la expulsión del Príncipe de este mundo (Jn 12, 31).

Desde la convicción de que nuestra evangelización será fecunda, en tanto en cuanto ofrezca pequeños signos del Reino; y se arraigue en la certeza de que en la Pascua del Señor todo mal está vencido, podremos vivir más alegres y libres; menos obsesionados por los resultados y el éxito, que es gran ídolo, el Mólok de nuestra cultura, tal y como se percibe en los deportes y transmisiones deportivas.

### La comunidad como testigo

Por último, para la fecundidad del modelo pastoral que propongo es imprescindible la calidad de los testigos. Parte esencial de la evangelización realizada por los primeros cristianos, por los primeros discípulos, tenía que ver con la calidad de las relaciones entre ellos, con la dimensión comunitaria de la vida cristiana. Los hechos son tumbativos, ya sea para corroborar las palabras y las grandes declaraciones ya sea para desmentirlas. Aquello que predicamos y proponemos se entiende y se sostiene si está refrendado por una comunidad donde se realiza, que lo encarna. En caso contrario, serán globos hinchados de ideología que se revientan rápidamente con dos o tres traqueteos o se deshinchán fácilmente ellos solitos con el transcurso de un breve lapso de tiempo.

Una comunidad que viva, celebre, cultive, se entusiasme y transmita su fe; en la que el Señor Jesús, vivo en medio de ella, interpela y envía, sana y recrea; a la que el Señor Jesús congrega a su alrededor en alabanza y canto, y a la que lanza

creativamente a los caminos y márgenes de la sociedad para ser en su Nombre buena noticia de Dios para los pobres, será sujeto evangélico adecuado. Nuestra esperanza es que dicho sujeto de hecho evangelice. Pero si no lo hace, la dicha de vivir de esta manera estará por encima de los muchos o pocos resultados que se logren.

### Corolario vocacional

Como colofón, solamente indico que de cara a las vocaciones, el discernimiento de los modelos de pastoral, de la cristología subyacente y los ingredientes espirituales que los conforman me parecen de una importancia decisiva. La misión entusiasmo y anima; pero sin la relación personal con el Señor Jesús la vida en pobreza, virginidad y obediencia, la consagración totalizante no tiene sentido. La vocación encierra una locura de amor inexplicable desde otra lógica. La pastoral del sentido y los valores solamente puede generar vocaciones si la gracia se impone de tal manera que subvierte la propia lógica de esta pastoral. ■